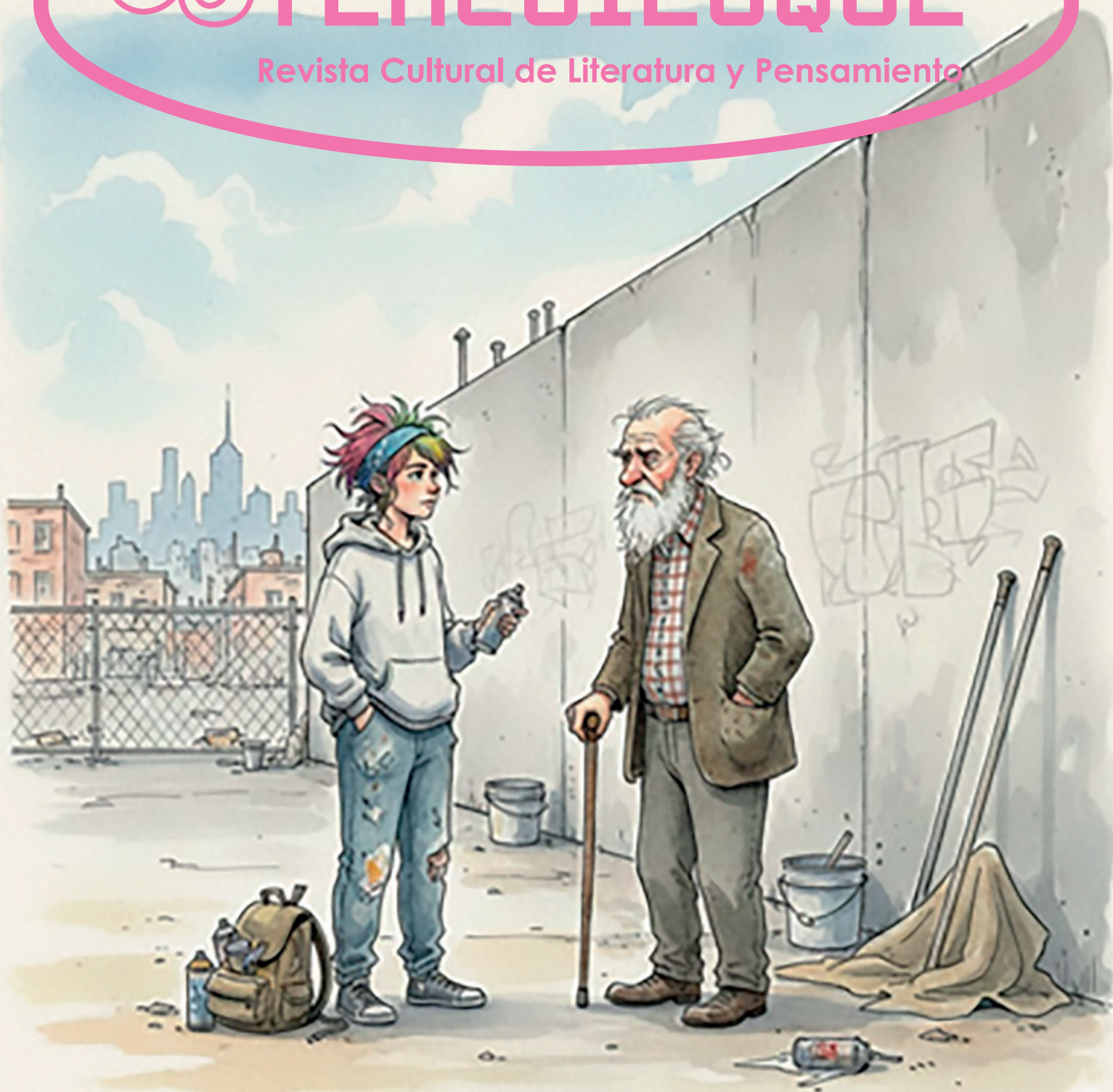


TLACUILOQUE

Revista Cultural de Literatura y Pensamiento



AÑO 8- Nº 15

ENERO - JULIO 2026

DIRECTORIO

Mtra. Karla Alejandrina Planter Pérez
Rectora General de la Universidad de Guadalajara

Dra. Carmen Margarita Hernández Ortiz
Directora General del SEMS

Mtro. Carlos Humberto Ibarra Luna
Director de la Escuela Preparatoria Regional
de El Grullo

Mtro. Alberto Darío González Hinojosa
Secretario

Mtro. Manuel Antonio García Ramírez
Coordinador Académico

Lic. Alicia Rubí Tapia Alejo
Oficial Mayo

Consejo Editorial

DIRECTOR

José Francisco Cobián Figueroa

CONTENIDOS ELECTRÓNICOS

Juan Manuel Ruiz García

DISPOSICIÓN GRÁFICA

Clara Isabel Cobián Carrillo

GESTORES DE CONTENIDO

Kelly Andrea Meza Ortiz

Claudia Stephania Tovar Ortiz

Maya Daniela González Fregoso

Fernanda Yoselin Ramírez Reynaga

Ana Ximena Lizárraga Pérez

Grecia Fernanda Chávez Pelayo

María Guadalupe Jiménez Damián

Carlos Omar Cárdenas Hernández

Mariana Yossira Chavez Radillo

Emely Jimena Santana Santana

Ilustraciones elaboradas por medio de Gemini.google.com.

TLACUILOQUE, año 8, núm. 15, enero-junio de 2026, es una publicación semestral editada por la Universidad de Guadalajara a través de la Escuela Preparatoria Regional de El Grullo. Calle Circunvalación Poniente y Carretera al Ingenio S/N, col. Centro, C. P. 48740, El Grullo, Jalisco, México. Tel. +52 (321) 3872029. [www. http://prepaelgrullo.sems.udg.mx/](http://prepaelgrullo.sems.udg.mx/), Editor responsable: José Francisco Cobián Figueroa. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-091014263000-203, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor a la Universidad de Guadalajara. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura de la Universidad de Guadalajara. Este número se terminó de editar el 20 de julio de 2026.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

CONTENIDO

Editorial	4
Poesía en la calle	7
Dedicatoria	8
Prólogo	9
Capítulo 1	10
Capítulo 2	12
Capítulo 3	14
Capítulo 4	16
Capítulo 5	18
Capítulo 6	20
Capítulo 7	22
Capítulo 8	24
Capítulo 9	26
Capítulo 10	28
Capítulo 11	30
Capítulo 12	32
De las colaboraciones	34

EDITORIAL

Con el presente número (15) de la revista Tlacuilo-que damos el salto a la Editorial Cartonera que desde hace algunos números hemos venido anunciando. Misma que llevará el nombre Editorial Cartonera Tlacuiloque, pues en esa revista se le ha visto nacer.

Inauguramos esta editorial con la novela Poesía en la Calle de la alumna Esther Flores Anguiano. Misma novela que resultó ser un trabajo destacado como ejercicio de la Unidad de Aprendizaje Curricular del Bachillerato General por Competencias que se imparte en el Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara.

A los estudiantes de su generación se les dio a elegir la escritura y corrección de alguno de los siguientes textos, a lo largo de doce semanas (un capítulo por semana):

- Novela.
- Guion de radionovela.
- Guion de novela gráfica.
- Guion (libreto) teatral.
- Guion cinematográfico.
- Libro de cuentos.

Debiendo hacer una entrega semanal de un capítulo en el caso de las obras extensas, o de un cuento en el caso del libro de este carácter.

Por la naturaleza de la Unidad de Aprendizaje Estilo y Corrección y de acuerdo con la metodología ABP (Aprendizaje Basado en Proyectos o Aprendizaje Basado en Problemas), la iniciativa fue acogida como un reto nunca enfrentado del cual no pocos estudiantes resultaron airoso; y cuyos trabajos se irán revisando con calma para hallar la posibilidad de publicarlos aquí, o en formato físico, como es el caso de las ediciones cartoneras de las que esta novela es pionera.

Una iniciativa a la que se aspira se sumen todos los profesores fomentando la creatividad en sus estudiantes, pues la editorial no publicará sólo obras literarias. También tendrá lugar para ensayos, monografías, reportajes, entre otros géneros y subgéneros de la expresión escrita.

Quienes estén interesados, favor de ver las bases de participación de colaboradores.

Poesía en la calle

Esther Flores Anguiano

Dedicatoria

Que nunca pierdas esa chispa que te hace auténtica, ni el deseo de soñar en grande. Que cada página de este libro te inspire a seguir construyendo tu propio camino, lleno de aventuras, logros y momentos que te llevarán un paso más cerca de tus sueños.

Recuerda que cada desafío es solo una oportunidad disfrazada y que, al igual que en las mejores historias, el mejor final siempre se escribe con perseverancia, fe y un toque de magia.

Con cariño,

Esther Flores Anguiano

Prólogo

En una calle cualquiera, donde las paredes cuentan historias que muchos prefieren ignorar, comienza esta novela: el encuentro entre dos mundos que parecen imposibles de unir: Fausto, un hombre marcado por la rutina, el orden y los recuerdos de un pasado que siente cada vez más lejano; y Zoila, una joven que ve en cada muro una oportunidad de expresar lo que lleva dentro, incluso cuando el mundo la señala sin entenderla.

Lo que empieza como un choque entre generaciones, perspectivas y formas de ver la vida, se convierte poco a poco en un puente inesperado. Entre discusiones, colores que incomodan y silencios que invitan a reflexionar, ambos descubren que el arte —a veces rebelde, a veces sanador— tiene el poder de transformar no solo las calles, sino también a las personas que se atreven a mirarlo con el corazón abierto.

Esta historia es una invitación a cuestionar lo que creemos, a escuchar antes de juzgar y a recordar que, incluso en las diferencias más grandes, puede nacer algo sincero y profundo. Aquí encontrarás un viaje que habla de cambio, de sensibilidad, de heridas, pero también de la belleza que aparece cuando dos almas tan distintas se permiten aprender una de la otra.

Bienvenido a una novela donde cada color tiene un motivo y cada encuentro deja huella.

Capítulo 1

El Descontento de Fausto hacia los Graffitis en la Calle

Fausto se levantó esa mañana con la misma rutina que había seguido durante años. La cafetera chirriaba en la cocina como todas las mañanas, dirigiéndose a la ventana de la sala. A sus ochenta años, la vida para Fausto no era más que una serie de repeticiones confortables y predecibles, la única manera de mantener bajo control un mundo que, para él, se había vuelto incomprensible.

Desde la ventana, Fausto observaba con su mirada afilada las calles del vecindario. Todo a su alrededor parecía haber cambiado, y no precisamente para mejor. Los colores chillones de los autos nuevos, las ropas llamativas de los jóvenes, pero, sobre todo, los graffitis que ensuciaban las paredes de la calle donde vivía. Para él, esos garabatos no eran más que una señal de la decadencia de la sociedad, una falta de respeto hacia la estética y el orden que tanto valoraba.

Cada mañana, Fausto se acercaba a las paredes cubiertas de graffitis y las miraba con desdén. Esos dibujos absurdos y palabras sin sentido lo enfurecían. ¿Cómo podía alguien pensar que eso era arte? Para él, esos trazos no eran más que vandalismo puro, una burla a la civilización que él conoció en su juventud. Suspiraba profundamente, una mezcla de resigna-

ción y furia contenida. Estaba convencido de que el mundo se había vuelto loco.

Esa mañana en particular, algo distinto captó su atención. Un nuevo grafiti había aparecido en la pared que siempre había sido su favorita: tenía recuerdos de su infancia y adolescencia jugando en esa calle, ese era su espacio desde toda su vida; pero ahora, una explosión de colores vibrantes cubría la superficie de la pared, formando un mural que Fausto no podía ignorar. Había algo en esos trazos que lo desconcertaba; y, aunque no lo admitiera, lo obligaba a detenerse y observar.

Fue entonces cuando la vio por primera vez. Zoila, una joven que no aparentaba más de quince años, estaba allí, al pie del mural, sosteniendo una lata de aerosol. Tenía una expresión de satisfacción en el rostro, como si acabara de terminar una obra maestra. Al darse cuenta de la presencia de Fausto, una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—Buenos días, señor —dijo Zoila con una voz despreocupada, como si no estuviera haciendo nada fuera de lo común.

Fausto la miró con una mezcla de indignación y sorpre-



sa. No estaba acostumbrado a que lo interpelaran; mucho menos de esa manera tan casual. Su mente buscaba palabras, alguna reprimenda que pudiera sacudir a esa niña.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo de manera directa y brusca. Su voz resonaba como un eco de autoridad, pero que ahora parecía caer en oídos sordos

Zoila, sin perder la sonrisa, se encogió de hombros.

—Lo que me gusta. ¿No es bonito?

Fausto parpadeó incrédulo. La falta de respeto de la joven era insultante, pero lo que más le molestaba era su despreocupación, esa manera ligera de hablar, como si no hubiera reglas, como si el mundo fuera un lienzo en blanco donde cualquiera podía hacer lo que quisiera.

—Esto es vandalismo —replicó Fausto, señalando el mural.

Zoila lo observó por un momento, como midiendo la distancia entre su juventud y la vejez de aquel hombre. Luego, con una risa ligera, sin importarle, dijo:

—Para mí, es arte. Y creo que usted necesita un poco de color en su vida.

Fausto se sintió enojado por la situación y por la facilidad con la que ella decía sus palabras, lo único que podía pensar es que eso no era arte; claramente ella era una niña que aún no comprendía la verdadera vida, un golpe de vejez le pegó.

—Limpia eso ahora mismo —dijo en un tono brusco y severo—, o llamaré a la policía.

Zoila lo miró fijamente, sin miedo, y tras unos segundos que parecieron eternos, alzó las manos en señal de rendición.

—Está bien, señor, lo limpiaré... pero no prometo no volver.

Y con esa última afirmación, Zoila se dio la vuelta y comenzó a caminar, dejando a Fausto solo frente al mural que, por más que lo intentara, no podía dejar de contemplar. El anciano se quedó allí, inmóvil, observando los colores chillones en la pared, no le agradaba nada, ya no existía el arte de antes, arte bueno, arte que valía, ahora sólo son simples garabatos sin sentido; pero esta no sería la última vez que Fausto se la topara, algo le decía que su mundo estaba a punto de cambiar.

Capítulo 2

La Aparición de Zoila y su Arte Callejero

El sol todavía no había salido del todo cuando Zoila apareció en la esquina de la calle. Era temprano, pero para ella ése era el mejor momento para pintar. Zoila llevaba su mochila llena de aerosoles de todos los colores y una bufanda vieja que le cubría la mitad del rostro. Se sentía como una guerrera lista para la batalla. Su objetivo era muy claro: cambiar las paredes grises que, según ella, pedían a gritos ser pintadas. Zoila no tenía un plan exacto para esa mañana, su arte no era de esos que se piensan demasiado, simplemente salía. Para ella, cada mural era una historia, una manera de mostrarle al mundo lo que llevaba dentro. No era sobre complacer a nadie, ni mucho menos a los vecinos gruñones como Fausto, que parecía haber salido directamente de un museo de cosas aburridas.

Mientras pintaba, sus manos se movían rápido, intuitivamente, dibujando figuras que parecían bailar en la pared. Una flor gigante empezó a tomar forma, pétalos rojos y naranjas. Junto a la flor, unas palabras surgieron: «La vida es ahora». Zoila sonrió al ver su obra de arte ya terminada, ella no entendía cómo alguien podía ver eso y no sentirse al menos un poco feliz.

Justo cuando estaba agregando los últimos detalles a su obra, Zoila sintió unos pasos acercándose. No necesitó mirar para saber quién era; esa presencia pesada y seria ya la conocía. «Otra vez él», pensó con una sonrisa que no pudo contener.

—¿Qué estás haciendo ahora? —dijo Fausto en un tono brusco.

Zoila no respondió de inmediato. Se giró lentamente, aún sosteniendo la lata de aerosol, y lo miró.

Estoy pintando, señor. Otra vez —dijo, encogiéndose de hombros. Le divertía ver cómo Fausto se enojaba con solo verla pintar. En su mente, la vida era demasiado corta para preocuparse por las opiniones de los demás, especialmente de un anciano que vivía atrapado en un mundo que ya no existía.

Fausto, irritado, tratando de contener su furia. Cada vez que veía a Zoila con una lata de aerosol en la mano, no podía entender cómo una niña tan joven tenía tanta falta de respeto por el amor al arte. Su mente volvía a la imagen de la calle limpia y ordenada de su juventud, antes de que esos



“garabatos” empezaran a invadirlo todo, tiempos donde sí se apreciaba el arte, el buen arte.

—No sé por qué te empeñas en arruinar este vecindario —dijo Fausto. Su tono era duro, pero sus palabras ya no llevaban la misma severidad que en su primer encuentro.

Zoila bajó la lata y lo miró directamente a los ojos.

—No lo estoy arruinando, señor. Lo estoy llenando de vida —respondió con una serenidad que contrastaba con su juventud. Luego, con una sonrisa pequeña pero sincera, añadió:

—Usted debería intentarlo. Podría sorprenderse de lo que descubre o tal vez así deja de ser tan gruñón y aguafiestas —susurró lo último para ella misma

Fausto se quedó en silencio, desconcertado. Zoila nunca dejaba de sorprenderlo. Había algo en su valentía y en su insistencia que lo obligaba a reflexionar. Mientras ella volvía a su mural, él se quedó allí, observando los colores y formas que

emergían de la pared. No, no podía ver eso como un arte, eso eran garabatos feos que solo arruinaban su vista, por más que los miraba no lograba hallarle sentido a eso, lo único que lograba percibir era rebeldía, lo único que él quería es que volvieran esos tiempos donde la gente se esforzaba en lo bello, ahora solo son cosas modernas que no tienen sentido, personalidad, nada.

—No quiero ver otro de esos “diseños” en esta calle —dijo finalmente, pero su voz había perdido su habitual dureza. Zoila, sonriendo, se limitó a asentir.

—Como diga, señor, como diga.

Y así, sin más, volvió a su obra, ignorando las palabras de Fausto como si fueran un murmullo distante. Sabía que volvería a pintar al día siguiente. Y, quizás, con un poco de suerte, Fausto también estaría allí, observando, aunque fuera desde lejos.

Capítulo 3

Primer Encuentro Conflictivo sobre distintas opiniones

El sol ya estaba alto cuando Zoila volvió al vecindario, su mochila repleta de nuevos colores y una energía que no la dejaba en paz. Sabía que volvería a encontrarse con el viejo Fausto, pero eso no la detenía, al contrario, le daba más ganas de pintar. Aquel barrio de paredes grises necesitaba más que nunca un toque de vida. Zoila había estado pensando en su próxima creación, algo que pudiera sorprender incluso a los más escépticos, como el viejo Fausto. Mientras caminaba, podía sentir las miradas de los vecinos que no entendían lo que hacía, que murmuraban a sus espaldas sobre la “chica de los grafitis”. Pero eso le era indiferente, el arte para ella era mucho más que un simple acto de rebelión, era una forma de dejar su esencia grabada en las calles.

Fausto, como era de esperarse, estaba allí. Desde su ventana observaba cada movimiento de Zoila con la mirada severa de un juez implacable. Los encuentros anteriores habían dejado en él una sensación incómoda, una mezcla de irritación y curiosidad, no comprendía por qué esa joven se empeñaba en desafiarlo, en poner a prueba su paciencia. No entendía cómo alguien podía encontrar belleza en esos pintarrajos que ensuciaban las paredes, el mundo. Para Fausto, el arte debería tener un propósito claro, reflejar la grandeza de la civilización, no ser un caos

de colores y formas abstractas que, en su opinión, sólo buscaban llamar la atención.

Cuando Zoila se detuvo frente a una nueva pared, Fausto no pudo contenerse más. Salió de su casa, con la chaqueta mal abotonada y su bastón golpeando el suelo con cada paso, como si el sonido marcara su desaprobación. Zoila, sintiendo su presencia antes de verlo, sonrió para sí misma. Estaba preparada para otra de las confrontaciones con aquel anciano testarudo.

—¿Otra vez tú? —dijo Fausto plantándose a unos metros de distancia—. ¿No te cansas de arruinar este vecindario?

Zoila, con la tranquilidad de quien ya había escuchado esas palabras demasiadas veces, se giró lentamente.

—Depende de a quién le preguntes, señor —replicó con calma—. Para algunos, lo que hago no es arruinar, sino embellecer. El mundo ya está demasiado lleno de gris, no hace daño un poco de color.

Fausto entrecerró los ojos. No estaba dispuesto a dejarse arrastrar esta vez por la ligereza de las palabras de Zoila.

—Eso no es arte. Es vandalismo —declaró con firmeza—. El verdadero arte debe tener estructura, sentido, debe inspirar y elevar el espíritu. No estas manchas sin propósito ni orientación.

Zoila levantó una ceja, sintiendo que la chispa del desafío se encendía en su interior.

—¿Y quién decide qué es arte y qué no lo es? ¿Usted? —dijo, dejando que la ironía coloreara su tono—. El arte no tiene por qué ser siempre algo elevado. Puede ser visceral, caótico, una reacción a lo que sentimos y vivimos. Es un grito de libertad.

—Libertad no es hacer lo que a uno le venga en gana —replicó Fausto con dureza—. El arte tiene que ser disciplinado, debe transmitir valores, no ésta... anarquía.

—Disciplina, valores... —Zoila suspiró, como si esas palabras le resultaran viejas y gastadas—. A veces el valor está en romper con todo eso. En mostrarle a la gente que el mundo puede ser diferente a lo que les han enseñado a aceptar.

—No sabes nada de la vida, eres una niña que no entiende la importancia de la historia, del legado. Lo que haces no durará. Es un acto egoísta que sólo piensa en el ahora.

Zoila se quedó en silencio por un momento. Había algo en las palabras de Fausto que le tocaba una fibra sensible, no porque creyera que él tenía razón, sino porque en el fondo, sabía que él también cargaba con sus propios fantasmas.

—¿Y qué tiene de malo pensar en el ahora? —respondió al fin, con un tono menos desafiante y más sincero—. No todos tenemos el privilegio de pensar en un futuro lejano. A veces, todo lo que tenemos es el presente, y eso es lo único que podemos moldear.

Fausto parpadeó, sorprendido por el giro de la conversación. Había algo en la voz de Zoila que parecía resonar con un dolor oculto, una vulnerabilidad que no había percibido antes. Quiso replicar, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

—Cada mural que pinto es una parte de mí —continuó Zoila, fijando la vista en la pared yacente frente a ellos—. No lo hago para que dure para siempre, lo hago porque quiero que, aunque sea por un momento, la gente sienta algo diferente. Que el gris de las paredes no sea lo único que vean cuando caminan por aquí.

Fausto respiró profundamente, tratando de mantener su postura firme, pero sintiendo que algo en su interior empezaba a resquebrajarse. Su vida había sido una constante búsqueda de orden, de sentido, en un mundo que a menudo se le antojaba caótico y amenazante. Pero, por alguna razón, la pasión de Zoila por sus murales le recordaba algo que había olvidado hacía mucho tiempo: el anhelo de crear, de expresarse sin miedo a ser juzgado.

—Quizás... —comenzó Fausto, dudando por un instante de sus propias palabras—. Quizás lo que necesitas es aprender a canalizar todo eso en algo más... duradero.

Zoila lo miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad. No era la primera vez que Fausto le ofrecía consejos no solicitados, pero esta vez había algo diferente en su tono. Algo que no era condescendiente, sino más bien un intento de entenderla.

—Y quizás usted necesita dejar de pensar que todo lo que es diferente es malo —replicó suavemente—. No tiene que gustarle lo que hago, pero tampoco tiene que verlo como una amenaza.

Fausto, por primera vez en mucho tiempo, no tuvo una respuesta inmediata. Observó a Zoila por un momento más largo de lo que hubiera querido admitir, notando la determinación en su mirada, la firmeza en su postura. Era como si, en ese breve intercambio, algo invisible hubiera cambiado entre ambos, una puerta entreabierta hacia una posible comprensión mutua.

—Veremos, niña. Veremos —dijo finalmente, girándose para regresar a su casa, pero no sin antes lanzar una última mirada a la pared vacía que pronto se llenaría de color.

Zoila lo observó alejarse, sabiendo que esta no sería la última conversación que tendrían. Había algo en ese viejo gruñón que le recordaba la terquedad de alguien que, como ella, alguna vez también tuvo el deseo de dejar su marca en el mundo. Y mientras Fausto volvía a su refugio de costumbres, Zoila sonrió y empezó a pintar, sabiendo que, de una forma u otra, su batalla por el arte apenas había comenzado.

Capítulo 4

Zoila defiende su arte callejero y Fausto lo desaprueba

El día amaneció fresco, con el aire cargado de una humedad que anunciaba lluvia. Zoila, como de costumbre, cruzaba el vecindario con su mochila repleta de aerosoles, pero hoy algo la hacía caminar más despacio. Había algo diferente en el ambiente, una inquietud que la rondaba. A pesar de su amor por el arte y su impulso incontrolable por llenar de color las paredes grises, su mente volvía una y otra vez a Fausto. Desde su primer enfrentamiento, el viejo locutor se había convertido en una presencia constante.

Cada vez que Zoila comenzaba a pintar, allí estaba él, firme en su desaprobación, tan predecible como el viento que movía las ramas de los árboles del barrio. Pero esa mañana, Zoila no sentía el mismo desafío que solía encenderse en su interior. Cuando llegó a la pared donde había decidido trabajar, no sacó inmediatamente sus aerosoles. En lugar de eso, se quedó mirando la fachada vacía, pensando en el hombre que seguramente ya la observaba desde la ventana. ¿Qué lo hacía tan serio? ¿Por qué parecía tan resentido con el mundo? Era más que simplemente desaprobación el grafiti, Zoila lo sabía. Había una tristeza en él, una resistencia no solo al arte, sino

a cualquier tipo de cambio. Y eso le intrigaba. Poco después, como era de esperarse, Fausto apareció. Salió de su casa, con la misma chaqueta gris y su bastón golpeando el suelo a cada paso. Pero esta vez, Zoila no sonrió ni se preparó para una confrontación. En cambio, se acercó a él.

—¿Qué pasa contigo, Fausto? —preguntó Zoila sin preámbulos, cruzando los brazos frente a su pecho—. Siempre me observas y te molestas, pero nunca me has dicho por qué. Quiero decir, ¿por qué te afecta tanto lo que hago?

—Ya te lo he dicho antes, niña —comenzó a decir, su tono algo más apagado que de costumbre—. Lo que haces no es arte. Es... desorden. Destruye el orden del vecindario, rompe con lo que es bonito.

Zoila alzó una ceja, escéptica. No creía que esa fuera toda la verdad.

—¿De verdad? ¿Es sólo eso? Porque parece que no se trata solo del grafiti. Parece que todo a tu alrededor te molesta. Los perros, los niños, el ruido... ¿Es que todo lo moderno es un problema para ti?

Fausto se quedó pensando la pregunta, no pensó que Zoila lo confrontaría de esa manera.

—Quizás sí, todo me molesta. Las cosas eran diferentes antes. Todo tenía un propósito, un sentido. La gente respetaba ciertas normas, ciertas formas de hacer las cosas. Había un orden en el mundo. Ahora... —hizo un gesto con la mano hacia las calles—. Ahora todo es un caos. Todo cambia demasiado rápido. Ya no reconozco nada.

Zoila se quedó en silencio un momento, asimilando sus palabras. Sabía que Fausto era un hombre mayor, pero hasta ahora no había comprendido completamente lo solo y desconectado que se debía sentir. Su propia batalla era por ser recordada, por dejar algo de sí misma en un mundo que pronto dejaría atrás, pero Fausto parecía estar enfrentando la pérdida de todo lo que alguna vez conoció y amó.

—Entiendo lo que dices —respondió finalmente Zoila, con una suavidad inusual en su voz—. El mundo cambia, Fausto. Y puede ser aterrador. Pero también puede ser hermoso. Estos murales, este arte... no es solo caos. Es mi manera de crear algo en medio de todo lo que cambia. Quizás no es el tipo de arte que estás acostumbrado a ver, pero eso no significa que no tenga valor.

Fausto la miró, incrédulo. Nunca había esperado escuchar algo así de una chica tan joven. Para él, Zoila siempre había sido una rebelde sin causa, alguien que pintaba por el simple deseo de desobedecer, de romper con las normas. Pero ahora, mirándola de cerca, había algo más en sus palabras. Una madurez y una comprensión que lo tomaron por sorpresa.

—Y para ti, ¿qué es lo que representa todo esto? ¿Qué ganas llenando estas paredes de colores? No duran. Se borran, se desgastan. ¿De qué sirve tanto esfuerzo si todo desaparece?

Zoila miró la pared vacía y se encogió de hombros.

—Nada dura para siempre, Fausto. Pero eso no significa que no valga la pena. Pintar me da algo que no encuentro en ningún otro lado. Es mi manera de decirle al mundo que existo, aunque sea por un momento. No busco que dure para siempre. Solo que,



por un instante, alguien vea algo diferente. Que el gris del día a día se interrumpa con un poco de color.

Fausto la observó, todavía intentando comprenderla. Quizás nunca llegaría a ver el grafiti como arte, quizás nunca aceptaría completamente esos colores sobre las paredes que una vez fueron limpias y uniformes. Pero había algo en la pasión de Zoila, en su necesidad de expresarse, que empezaba a resonar con una parte de él que había olvidado. Una parte que, hacía mucho tiempo, también había querido crear, dejar una marca.

—Supongo que es tu manera de luchar contra el gris del mundo —murmuró Fausto, más para sí mismo que para ella.

Zoila sonrió.

—Exacto.

Capítulo 5

Un Vínculo Se Forma entre Zoila y Fausto

Los días siguientes al último enfrentamiento entre Zoila y Fausto transcurrieron de manera más tranquila. Aunque Fausto seguía sintiendo la misma molestia cada vez que observaba los colores vibrantes que Zoila estampaba en las paredes del vecindario, algo en su interacción anterior lo había dejado pensativo. Las palabras de la joven resonaban en su mente: “No todos tenemos el privilegio de pensar en un futuro lejano.”. Cada vez que esas palabras se repetían en su cabeza, sentía una punzada en el pecho. No entendía qué lo afectaba más, si el hecho de que Zoila pareciera tener un profundo dolor o si él, después de tantos años, había comenzado a cuestionar su propia manera de ver el mundo.

Zoila, por su parte, seguía pintando con la misma pasión de siempre, pero algo había cambiado en ella también. Desde aquella conversación, se dio cuenta de que Fausto no era simplemente un anciano gruñón. Había algo detrás de sus ojos cansados, una historia que lo mantenía en ese estado de permanente seriedad y desaprobación. Se preguntaba qué le había sucedido para volverse tan rígido. ¿Por qué odiaba tanto los cambios? ¿Por qué era tan duro con

el arte callejero? Zoila sentía una creciente curiosidad por conocerlo más allá de sus críticas y reproches.

Una mañana, mientras pintaba un nuevo mural con tonos cálidos y vibrantes, escuchó el inconfundible sonido del bastón de Fausto golpeando el suelo. Sabía que él se acercaba, pero esta vez no sintió la misma tensión de los encuentros anteriores. Se dio la vuelta y encaró a Fausto, no había enojo en su rostro, al contrario, notó que había curiosidad en sus ojos.

—Buenos días, señor Fausto —lo saludó Zoila con una sonrisa suave, tratando de romper el silencio. Pero esta vez las palabras de Fausto no salieron cargadas de la misma rudeza que antes.

—Buenos días, niña. Veo que sigues aquí... pintando. Zoila asintió, bajando la vista por un momento, y mirando. Luego, levantó la mirada hacia Fausto

—¿Alguna vez pintó usted?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Frunció el ceño ligeramente, como si la idea misma de haber pintado alguna vez fuera ridícula. Sin embargo, algo en la sinceridad de la joven lo hizo detenerse antes de responder con su habitual negatividad. No... al menos no del tipo de pintura que tú haces —contestó, su voz cargada de recuerdos—. En mis tiempos, todo tenía que ser más... ordenado, más claro. El arte no era cuestión de expresarse sin límites.

Zoila se levantó del suelo, limpiándose en los pantalones las manos manchadas de pintura. Sus ojos se suavizaron al notar el cambio en el tono de Fausto.

—Debe haber sido difícil vivir siempre con tantas reglas, a mí me gusta que las cosas no siempre tengan que ser perfectas.

Fausto la observó con detenimiento. La franqueza en sus palabras era sincera, pero también lo hacía sentir una extraña incomodidad. Zoila no era como los demás jóvenes que él había conocido, esos que solían ignorarlo o mirarlo con desdén. Había algo en ella, una especie de seriedad que contrastaba con su juventud. Esa misma seriedad que lo había hecho replantearse su manera de ver los grafitis. Las reglas nos dan estructura, niña. Nos ayudan a mantener el control, sin ellas todo sería un caos.

—¿Y qué tiene de malo el caos? —replicó—. A veces, el caos es lo único que nos recuerda que estamos vivos, que aún podemos cambiar las cosas.

Fausto la miró fijamente. Sabía que, en el fondo, Zoila tenía razón. Desde que había perdido a su esposa hacía más de veinte años, su vida se había convertido en una rutina monótona. El orden y las reglas le habían servido como un refugio, una manera de evitar el dolor que la incertidumbre le provocaba. Pero ahora, frente a Zoila, comenzaba a cuestionar si ese refugio no era más bien una prisión.

¿Por qué sigues pintando, a pesar de todo? —preguntó Fausto de repente, sorprendiéndose a sí mismo por la pregunta. Zoila se quedó en silencio por un momento. Sabía que Fausto no estaba listo para escuchar la verdad completa sobre su enfermedad, pero también sabía que no podía seguir evadiendo todas las preguntas.

—Pinto porque es la única manera que tengo de sentir que estoy dejando algo detrás de mí. Sé que mis murales no van a durar para siempre, pero mientras estén aquí, quiero que la gente sienta algo cuando los vea. Quiero que, aunque sea por un momento, las personas dejen de pensar en lo gris de sus vidas y se pierdan en los colores —dijo con sinceridad—.

Fausto no respondió de inmediato. Las palabras de Zoila lo hicieron sentir un peso en el corazón que no había sentido en años. Le recordaban a su propia juventud, cuando había sido un joven locutor de radio lleno de ideales y energía, antes de que la vida y la rutina se lo llevaran todo. En algún momento, había dejado de buscar ese tipo de conexiones humanas que Zoila intentaba crear con su arte.

—Tal vez. Tal vez tienes razón, no todo tiene que durar para siempre para tener un impacto.

Zoila lo observó, sorprendida por la honestidad en su tono. Por primera vez, sintió que Fausto no era solo el anciano gruñón que había conocido. Detrás de su fachada de rigidez, había un hombre que alguna vez también había deseado dejar su huella en el mundo.

—Gracias, señor Fausto, creo que usted entiende más de lo que cree.

Fausto la miró, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que algo dentro de él comenzaba a ablandarse. Aunque no estaba listo para admitirlo, sabía que Zoila había logrado algo que nadie más había podido hacer en años: había roto las barreras que él mismo había construido a su alrededor.

Y aunque ninguno de los dos lo dijo en voz alta, ambos sabían que algo profundo había comenzado a formarse entre ellos: un vínculo inesperado, nacido del arte, el dolor y la búsqueda de un propósito compartido.

Capítulo 6

Una Perspectiva Cambiante de Fausto sobre los grafitis de Zoila

Fausto despertó ese día con la misma rutina de siempre. Se preparó un café y salió a caminar, tal como lo hacía cada mañana desde muchos años. Su vida era una serie de repeticiones, y Fausto estaba cómodo con ello. Pero algo había cambiado desde que Zoila apareció en su vida. Sus grafitis, aunque los había despreciado al principio, comenzaban a ocupar más espacio en su mente.

Hoy, como si su subconsciente lo empujara, Fausto caminó hacia uno de los murales más grandes de Zoila, el que estaba cerca del parque. Al principio no lo notó, pero cuando levantó la vista y vio los colores brillantes que cubrían la pared, algo dentro de él se removió. Ese mural, lleno de figuras caóticas y rostros entrelazados, de algún modo le recordaba a los garabatos que solía hacer su hija Camila, en sus cuadernos. Sin poder explicarlo, Fausto sintió una punzada en el pecho, detestaba ese sentimiento de vulnerabilidad y fue en ese momento, mientras se perdía en sus pensamientos, cuando algo interrumpió su soledad.

—¿Qué? ¿Le gusta, viejo? —Zoila apareció de la nada, con una sonrisa.

Fausto dio un paso atrás, molesto por la manera en que Zoila siempre parecía irrumpir en su vida.

—No, es que me es, sólo que... es un desastre, como siempre. —Zoila soltó una carcajada.

—Bueno, es un desastre con intención, ¿sabe? No todo el mundo puede entenderlo.

Fausto bufó, girando para irse, pero entonces algo inesperado ocurrió. Desde una esquina del parque, Fausto vio a un grupo de adolescentes correr hacia el mural, armados con botes de aerosol. El grupo de chicos, que solían merodear el barrio, se habían vuelto problemáticos, pintaban sobre cualquier cosa, no importaba si ya estaba decorada o no.

—¡Ey! ¡Dejen eso! —gritó Zoila, corriendo hacia ellos. Fausto se detuvo en seco. Su corazón acelerándose. Observó cómo Zoila se enfrentaba sola a los adolescentes, todos ellos mucho más grandes y agresivos.

—¿Qué te pasa, chica? Esto no es tuyo.

—¡Este mural no es para que lo arruinen! —Zoila

avanzó, pero Fausto vio en su mirada una pizca de miedo que intentaba ocultar.

Los chicos comenzaron a reírse, y el líder del grupo dio un paso al frente. Antes de que Fausto pudiera reaccionar, el chico más alto soltó un chorro de pintura negra directamente sobre una de las figuras centrales del mural. Fausto sintió como si una corriente eléctrica lo atravesara.

Sin pensar, Fausto corrió hacia ellos. Aunque su cuerpo ya no tenía la agilidad de antes, su determinación lo empujaba.

—¡Fuera de aquí! —gritó, agitando su bastón en el aire. Los adolescentes se detuvieron, sorprendidos por la intervención del anciano. El grupo, que esperaba que Zoila fuera fácil de intimidar, no había contado con Fausto.

—¿Qué vas a hacer, viejo? —dijo uno de los chicos. Fausto, respirando agitadamente, apretó su bastón con fuerza y dio un paso adelante, sin apartar los ojos del cabecilla.

—¿Quieres averiguarlo? —su tono era tan frío y amenazante que incluso Zoila se sorprendió.

El chico se quedó en silencio por un momento, su sonrisa desvaneciéndose poco a poco. Luego, con un gesto brusco, dio la vuelta y se alejó.

—Vamos, no vale la pena meternos en problemas —murmuró a sus amigos mientras se alejaban rápidamente.

Zoila, que había estado tensa durante todo el enfrentamiento, dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Giró hacia Fausto, aún impactada por lo que acababa de suceder.

—No esperaba que se metiera en esto —dijo, con una mezcla de admiración y confusión en su mirada. Fausto no respondió de inmediato, aún respiraba con dificultad, y su corazón latía con fuerza; había algo en todo esto que lo descolocaba. La rabia que había sentido al ver a esos chicos vandalizar el mural... no era solo por Zoila o por el arte. Había sido algo más profundo, algo que había tratado de reprimir durante mucho tiempo.

No lo hice por ti —dijo Fausto finalmente; su tono era más defensivo de lo habitual.

—Ya, claro —replicó Zoila, con una sonrisa juguetona, pero aún desconcertada.

Fausto se giró hacia el mural. La pintura negra que los chicos habían lanzado cubría la parte central del dibujo, la figura femenina que parecía alcanzar el cielo. Era esa imagen, en particular, la que más lo perturbaba. No podía dejar de pensar en Camila, su hija, que solía dibujar algo similar cuando era niña.

—Ellos... no entienden lo que significa el arte —murmuró Zoila de repente, su voz baja y seria. Fausto la miró de reojo, notando un cambio en su tono.

—Tal vez no lo entiendan, pero tú... tú no pintas solo por arte, ¿verdad?

Zoila se quedó callada por un momento, sorprendida por la observación de Fausto; luego con un suspiro asintió.

—Pinto para recordar, para no olvidar lo que es importante —dijo en voz baja; su mirada fija en el mural arruinado.

Fausto sintió un nudo en la garganta, quizás, en el fondo, él también estaba tratando de no olvidar, aunque nunca lo admitiera.



Capítulo 7

Un Acto de Compromiso de Fausto

Fausto no pudo dormir bien esa noche, daba vueltas en la cama molesto, pero no sabía si era por lo que había pasado con los chicos del grafiti o por lo que Zoila había dicho antes de irse. “Pinto para recordar”, esas palabras le habían dado vueltas en la cabeza todo el día; nunca había visto el arte como algo más que manchas en las paredes, pero por alguna razón sentía que había algo más profundo en los garabatos de Zoila. Algo que no había querido ver. A la mañana siguiente, sin pensarlo mucho, Fausto decidió volver al parque. Sabía que Zoila solía ir ahí a pintar, y aunque no quería admitirlo, algo lo empujaba a querer verla de nuevo. Al llegar, encontró a Zoila parada frente al mural destruido, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, no había ni rastro de la energía desafiante que siempre mostraba.

—¿Vas a hacer algo al respecto? —preguntó Fausto, acercándose. Zoila lo miró sorprendida, no esperaba verlo, y mucho menos que iniciara una conversación; estaba acostumbrada a que Fausto la ignorara o, en el mejor de los casos, la criticara por sus pinturas.

—¿Qué quieres que haga? —respondió, está arruinado. —dijo Zoila

Fausto la observó en silencio, sabía lo que era sentir que algo estaba arruinado, y la sensación de no po-

der hacer nada para arreglarlo. La muerte de su hija, Camila, había dejado un vacío que nunca había podido llenar, era una cicatriz que llevaba oculta, pero que dolía cada día.

—No está todo perdido —dijo Fausto finalmente, tomando una decisión que nunca hubiera pensado que tomaría—. Puedes arreglarlo. Solo necesitas empezar de nuevo.

Zoila soltó una pequeña risa, pero no era de burla, sino de incredulidad.

—¿Y tú qué sabes de arte, Fausto? Tú odias esto. Fausto miró el mural, los trazos destruidos por la pintura negra, y luego miró a Zoila.

—No lo entiendo. No entiendo lo que haces, ni por qué lo haces, Pero... estoy empezando a ver que significa algo para ti. Y... bueno, quizás eso es lo que importa.

—¿Y qué? ¿Ahora te interesa el arte? —dijo Zoila cruzando los brazos

Fausto no respondió de inmediato, sabía que lo que iba a decir a continuación lo pondría en una posición incómoda, pero por alguna razón, sentía que era necesario.



—Quiero ayudarte: Si esto es importante para ti, entonces quiero ayudarte a arreglarlo —dijo finalmente.

—¿Tú? ¿Qué puedes hacer tú? —dijo incrédula. Fausto respiró hondo, sabiendo que lo que iba a decir era algo que probablemente nunca había dicho en su vida.

—No soy un artista, Zoila. Pero... sé cómo es perder algo que te importa. Y si puedo hacer algo para que no pierdas esto... entonces lo haré.

Zoila se quedó en silencio, nunca había visto a Fausto así, tan vulnerable, tan humano. Por primera vez, sintió que él realmente la entendía; o al menos, que estaba intentando hacerlo.

—No tienes que hacer esto, no es tu pelea —dijo suavemente. Fausto negó con la cabeza.

—No, pero he estado ignorando muchas cosas por mucho tiempo. Tal vez sea hora que deje de hacerlo.

Zoila lo miró por un largo momento, sin saber qué decir. Finalmente, dejó escapar un suspiro y sonrió, pero esta vez no era una sonrisa burlona, sino genuina.

—Está bien, viejo. Pero si vas a ayudarme, no te quejes después de lo que te voy a pedir.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó con cautela. Zoila señaló el mural destruido. —Primero vamos a limpiarlo, pero después necesito que me ayudes con algo más. Si realmente quieres involucrarte en esto, vas a tener que ensuciarte las manos.

Fausto no tenía idea de lo que eso significaba, pero algo en su interior le decía que no iba a ser fácil. Aun así, por primera vez en mucho tiempo, no le importaba. Estaba comprometido, aunque no supiera exactamente por qué.

—Lo que sea necesario —dijo finalmente, sintiendo una extraña mezcla de miedo y alivio.

Zoila sonrió de nuevo, y esta vez la sonrisa fue más amplia.

—Bienvenido al caos, Fausto. No te vas a arrepentir.

Y aunque Fausto no estaba tan seguro de eso, algo en su interior le decía que este compromiso, por extraño que pareciera, era justo lo que necesitaba.

Capítulo 8

Conexión y confianza

El parque estaba más tranquilo de lo normal. Fausto había ido un par de veces desde que decidió ayudar a Zoila, pero nunca se acostumbraba del todo a la idea. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero algo en su interior le decía que seguir adelante era mejor que quedarse en su amargura. Desde que Camila ya no estaba, Fausto había cerrado todas las puertas, se había vuelto una especie de sombra que solo quería que lo dejaran en paz. Pero Zoila, con todo su caos, parecía haber abierto una pequeña ventana en esa oscuridad.

Zoila llegó al parque con su mochila llena de pintura, sus audífonos colgando del cuello y una sonrisa leve en los labios. Había estado pensando mucho en Fausto. Él seguía siendo un tipo difícil, pero había notado que su actitud hacia ella era diferente.

A pesar de todo, el tipo parecía estar intentando entenderla, y eso ya era más de lo que esperaba de cualquiera.

—¿Listo para otra sesión? —preguntó Zoila, lanzándole una lata de spray a Fausto, Fausto la atrapó con torpeza, claramente incómodo.

—No sé si estoy listo para esto —murmuró, mirando la lata como si fuera una bomba a punto de explotar.

—Relájate, viejo. No es como si fueras a hacer una obra maestra en tu primer intento, solo diviértete un poco —dijo Zoila con la mayor tranquilidad del mundo.

Fausto no respondió entonces, se sentía extraño estar ahí, colaborando en algo que él siempre había despreciado. Pero en el fondo, había algo más, algo que lo conectaba con Zoila.

Quizás era la sensación de estar perdido, o el hecho de que ella le recordaba a Camila de alguna manera, tal vez era simplemente que, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía completamente solo.

—¿Por qué me dijiste que pintas para recordar? —preguntó de repente, rompiendo el silencio que se había formado entre ellos. Zoila dejó de pintar por un momento y lo miró sorprendida de que él lo recordara.

—Es complicado, es como... no quiero olvidar de dónde vengo. Mi familia, mi barrio, la gente que ha es-



tado conmigo... Todo eso está en mi arte, si lo dejo siento que me olvido de ellos.

Fausto asintió lentamente, entendía esa sensación más de lo que le gustaría admitir. Camila también había sido su conexión con el pasado, con una parte de él que había sido más feliz, más viva y ahora, sin ella, todo parecía tan distante, como si se estuviera desvaneciendo.

—Yo también quiero recordar —dijo en voz baja, apenas consciente de que lo había dicho en voz alta.

Zoila lo miró con curiosidad, pero no presionó, sabía que Fausto no era el tipo de persona que hablaba de sus sentimientos con facilidad, aun así, algo en él había cambiado, y eso era suficiente por ahora.

Pasaron el resto de la tarde pintando en silencio, pero esta vez no era incómodo, de alguna manera habían llegado a un entendimiento tácito, una conexión que no necesitaba ser explicada. Zoila confiaba en que Fausto estaba ahí porque lo quería, no porque se sintiera obligado, y Fausto empezaba a darse cuenta de que, quizás, esta chica rebelde y sus grafitis eran más importantes de lo que había pensado al principio.

Cuando el sol empezó a caer, Zoila se quitó los guantes manchados de pintura y se sentó en una banca cercana.

—¿Sabes? Pensé que nunca ibas a querer estar cerca de mí. Siempre parecías tan... cerrado, tan distante.

Fausto se sentó a su lado, sin saber muy bien qué responder. No era fácil para él abrirse con nadie, pero Zoila había logrado, sin darse cuenta, que bajara algunas de sus barreras.

—Soy complicado. Pero... estoy aquí, ¿no?

Zoila sonrió y asintió. Sí, Fausto estaba ahí, y aunque seguía siendo reservado, ella sentía que poco a poco estaban construyendo algo más fuerte. Algo parecido a la confianza.

—Gracias por estar aquí —dijo ella finalmente, en voz baja.

Fausto no respondió, pero en su mente, sabía que tal vez, después de todo, él también estaba agradecido de estar ahí.

Capítulo 9

La Salud de Zoila empieza a decaer cada vez más

Zoila no se sentía bien desde hacía unos días, pero no le dio mucha importancia. Sabía por qué era pero quiso mentirse a sí misma diciendo que era común, que después de estar tantas horas pintando en la calle o caminando de un lado al otro se sentiera cansada, o eso quería creer.

Además, no le gustaba quejarse, siempre había sido la chica fuerte, la que no mostraba sus debilidades a nadie; así que, aunque sentía ese conocido dolor en el pecho, el cual le hacía difícil respirar a veces, decidió ignorarlo.

Un día, Fausto desde su ventana notó a Zoila parada enfrente de la pared. Se quedó viendo, esperando que ella comenzara con la misma actividad de siempre, pero esta vez no pasó nada. Zoila sólo se mantenía fija en el suelo como si no fuera consciente de lo que hacía. Fausto no le tomó importancia, tal vez hoy no tenía inspiración y por eso actuaba así. Fausto siguió su vida normal hasta que tuvo la necesidad de salir. Caminar no era algo que le molestaba; al contrario, disfrutaba sus caminatas, le ayudaban a mantenerse vivo, a sentir que podía hacer algo. Fausto agarró su bastón y una chaqueta y se dirigió afuera, iba caminando hasta que notó cómo Zoila

estaba sentada con la mano en el pecho. Se veía agitada. No, Fausto no quería pararse y saber qué pasaba con ella, pero sintió la obligación de parar cuando se acercó.

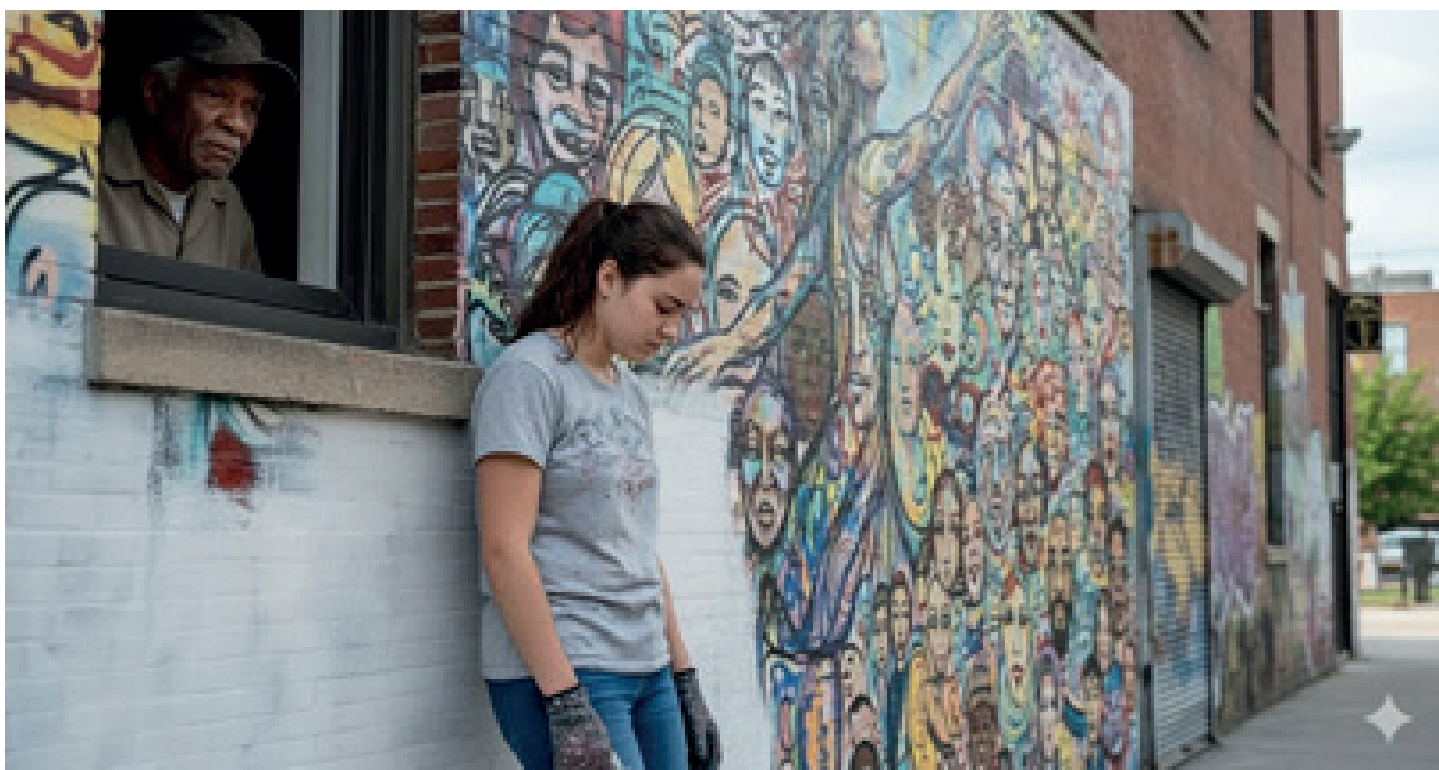
—¿Estás bien? —preguntó Fausto.

Zoila le sonrió, como siempre hacía para ocultar lo que realmente sentía.

—Sí, sólo estoy cansada. No es nada —respondió, intentando sonar despreocupada. Se inclinó para sacar una lata de aerosol de su mochila, como si quisiera demostrar que todo estaba bien.

Fausto observó en silencio por un momento. No creía lo que Zoila decía, pero tampoco era de los que se metían en los problemas ajenos. Zoila siempre había sido reservada, y él respetaba eso. Además, no tenía la energía para insistir. Al fin y al cabo, cada quien debía resolver sus propios problemas. Así que asintió y continuó su camino, sin decir nada más.

Los días siguientes fueron iguales. Fausto notaba que Zoila respiraba más pesado, se cansaba rápido, y a menudo se sentaba en medio de las sesiones



de grafiti. A veces, Fausto miraba desde su ventana; otras, la veía cuando salía a caminar. Pero siempre mantenía su distancia. Cada vez que la veía, algo dentro de él le decía que algo andaba mal, pero no era su lugar preguntar. No eran amigos, ni siquiera cercanos, y no tenía ningún derecho a interferir.

Un día, mientras ambos estaban frente a la pared donde Zoila solía pintar, ella dejó caer una de las latas de aerosol y se quedó quieta. Fausto, que había salido a dar una vuelta y la encontró allí, frunció el ceño.

—¿Zoila? —dijo, sin saber muy bien qué más agregar.

Ella intentó sonreír, pero su respiración era pesada, casi forzada.

—Estoy bien... solo... un poco cansada —respondió, apoyándose en la pared para no caer.

Fausto no dijo nada. Era evidente que algo no estaba bien, pero no sabía cómo abordarlo. Él no era del tipo que daba consejos, ni que se preocupaba abiertamente por los demás. Así que sólo asintió con la cabeza y se quedó en silencio.

Durante los días sucesivos, Fausto siguió viendo cómo la salud de Zoila empeoraba. A veces la veía desde la distancia, otras veces se la encontraba por casualidad. Pero siempre mantenía su actitud distante, porque eso era lo más seguro para él. Zoila no pedía ayuda, y Fausto no la ofrecía. Ambos seguían con sus vidas, como si nada estuviera pasando.

Un día, mientras Fausto caminaba cerca de la pared donde Zoila solía pintar, vio a la joven sentada, sin energía. Parecía que ni siquiera tenía fuerzas para levantar una lata de aerosol. Por un segundo, Fausto pensó en acercarse, en decirle algo, pero en lugar de eso, siguió caminando. Sabía que Zoila no aceptaría ayuda, y él no sabía cómo ofrecerla. Ambos estaban atrapados en sus propias formas de ser: Zoila, demasiado cerrada para admitir que estaba mal; y Fausto, demasiado distante para involucrarse.

Así, los días pasaban, y aunque Zoila seguía pintando de vez en cuando, Fausto sabía que algo estaba cambiando. La veía decaer cada vez más, pero ambos se mantenían en su lugar, sin cruzar la línea. Fausto, a su manera, seguía observando desde la distancia, manteniendo su margen, mientras Zoila continuaba fingiendo que todo estaba bien.

Capítulo 10

El Proyecto Final de Zoila para Demostrar sus Sentimientos

Zoila siempre había tenido una relación complicada con su familia. Desde que era pequeña, se sentía como una pieza fuera de lugar, como si todo lo que hiciera nunca fuera suficiente. Su madre, una mujer estricta y reservada, siempre había tenido expectativas muy altas. Zoila, por otro lado, no era la chica perfecta que su mamá había imaginado, no le interesaban las cosas tradicionales como las fiestas de quinceañera, las buenas notas o encajar en los círculos sociales que su madre tanto anhelaba; en su lugar, prefería perderse entre las paredes llenas de color, con una lata de aerosol en mano. Su padre no estaba presente desde hacía varios años, y aunque había tratado de mantener una relación con él al principio, con el tiempo simplemente se fue distanciando. No es que no lo extrañara, pero con el paso de los años, se acostumbró a no contar con él, y eso la hizo más fuerte, o al menos eso se decía. Era esa independencia la que la había llevado a refugiarse en el arte; pintar era su escape, su forma de expresar todo lo que no podía decir en voz alta. El grafiti, más que una pasión, se convirtió en su manera de gritarle al mundo quién era. Era como si, al pintar en las calles, pudiera dejar huellas de sus emociones, de sus frustraciones, de todo lo que no lograba comprender, su madre nunca entendió eso. Siempre le

decía que estaba desperdiciando su tiempo, que eso no le traería nada bueno. A veces, en los momentos de más tensión, le llegaba a decir que iba a terminar en problemas o en la cárcel por andar pintando en las paredes.

Pero Zoila no podía parar. Sentía que, si dejaba de pintar, dejaba de existir. Cada trazo, cada color que escogía, era una parte de ella que salía a la luz, algo que no podía expresar con palabras. Era como si, en cada pared, dejara su marca, una marca que tal vez algún día alguien entendería.

Había estado trabajando en un proyecto que era especial para ella, algo que no le había contado a nadie, ni siquiera a sus amigos más cercanos. Se trataba de un mural, pero no cualquier mural. Era su forma de demostrar lo que llevaba guardado en su corazón, una especie de carta visual que expresaba todos los sentimientos que no lograba decir. Este mural no solo era su proyecto final, sino también una especie de despedida, aunque ella no quería pensar en eso todavía.

Durante semanas, había estado recolectando ideas y bocetos en su cuaderno, trabajando en los detalles,



buscando los colores perfectos. El mural representaría su vida, sus luchas, sus sueños, y sobre todo, el amor que sentía por su familia, aunque nunca lo hubiera expresado de manera convencional. Había una parte de Zoila que siempre quiso mostrarle a su madre quién era realmente, que quería que ella la entendiera, que viera más allá de los reproches y las expectativas. Este mural era su manera de hacerlo.

Zoila eligió una pared enorme en un lugar que siempre había significado mucho para ella, un callejón escondido donde solía ir a pensar y pintar cuando las cosas en casa se volvían insoportables. Aquí, donde nadie la interrumpía, planeaba plasmar su obra más íntima. Sabía que su madre nunca vendría a verlo, pero de alguna manera, quería que ese mural llegara a ella, que entendiera que Zoila siempre había intentado ser lo mejor que podía, a su manera.

Los días pasaban, y aunque su salud iba en declive, no se permitía parar. Cada vez que se sentía débil, descansaba unos minutos y volvía al trabajo. Sabía que no tenía mucho tiempo. A veces, cuando el dolor en el pecho se hacía insoportable, se sentaba un rato a observar el progreso, preguntándose si alguna vez su madre entendería lo que intentaba decirle.

Pero no importaba. Este proyecto era su forma de reconciliarse consigo misma, de hacer las paces con todo lo que había vivido y con todo lo que no había dicho. Las últimas semanas fueron especialmente duras, Zoila se levantaba temprano, trabajaba en el mural durante horas, a veces sin parar, y luego volvía a casa, agotada, sin decir una palabra. Su madre, aunque notaba que algo no estaba bien, nunca preguntaba mucho, a su manera, también era reservada. Zoila se preguntaba si alguna vez habían tenido una conversación sincera, una en la que ambas dijeran lo que realmente pensaban, pero nunca sucedió.

El día en que terminó el mural, Zoila se quedó de pie frente a él durante un largo rato, admirando cada detalle, cada color. Había logrado plasmar todo lo que había querido decir: su amor por su familia, su dolor, sus sueños rotos, y también su esperanza. Porque, a pesar de todo, Zoila seguía siendo una soñadora. Sabía que su madre probablemente nunca vería el mural, pero en su corazón, sentía que ya había dicho todo lo que necesitaba.

Con una sonrisa cansada, se dio la vuelta y se fue, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado algo de paz.

Capítulo 11

La Despedida

Zoila había pasado los últimos días sintiéndose cada vez peor. El dolor en su pecho ya no era algo que podía ignorar, y los mareos se volvieron tan frecuentes que a veces no podía distinguir el suelo bajo sus pies. Cada paso que daba le recordaba que no quedaba mucho tiempo. La verdad es que ella había sabido desde hacía un tiempo que su enfermedad era terminal, pero no se lo había dicho a nadie. Quería seguir siendo la Zoila fuerte, la que no dejaba que nadie viera sus debilidades. Había ido al hospital para una revisión unas semanas atrás, con la esperanza de recibir buenas noticias, de escuchar que el tratamiento estaba funcionando o que había alguna posibilidad de recuperación, pero la respuesta fue clara: no había cura, los médicos le habían explicado, con esa calma profesional, que sus días estaban contados, y en lugar de ofrecerle alguna esperanza, le dieron opciones de cómo pasar sus últimos momentos con el menor dolor posible.

Zoila no lloró, ni se desmoronó frente a ellos. Simplemente se quedó en silencio, asimilando lo que le estaban diciendo. Cuando salió del hospital, se sentía extrañamente tranquila, como si todo en su vida se hubiera detenido de repente. En vez de ir a casa, decidió ir al callejón donde estaba su mural, su proyecto

final. Sabía que sería uno de los últimos lugares que vería, uno de los pocos sitios donde había podido ser realmente ella misma, Fausto la observaba desde la distancia, como siempre hacía, había notado el cambio en Zoila, su falta de energía y cómo cada vez se le hacía más difícil moverse, pero no decía nada. No quería invadir su espacio ni hacer preguntas que sabía que Zoila no quería responder. Fausto prefería mantenerse al margen, aunque sentía esa inquietud constante de que algo estaba mal.

Ese día, Zoila se quedó sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del callejón, mirando su mural en silencio. Las pocas veces que Fausto había pasado cerca, ella le había lanzado una sonrisa ligera, sin el mismo brillo que antes. Ahora, simplemente miraba su obra sin decir nada, como si estuviera despidiéndose en silencio. Después de un rato, Fausto decidió acercarse, aunque sin decir mucho.

—¿Sigues trabajando en esto? —preguntó, tratando de sonar despreocupado.

Zoila le lanzó una sonrisa apagada, y se encogió de hombros. —Algo así. Solo vine a despedirme —respondió sin darle muchas explicaciones.



Fausto no insistió, sólo se quedó a unos pasos de ella, mirando el mural. Ambos guardaron silencio, pero Zoila, sintiendo el peso de las últimas semanas, se decidió a romper esa distancia, aunque fuera solo un poco.

—Ya no queda mucho tiempo para mí, Fausto —admitió de repente, sin mirarlo directamente.

Fausto no respondió al instante, y Zoila notó cómo tensaba el rostro, pero se mantenía impassible, como si no supiera cómo reaccionar ante una confesión como esa.

—Siempre supe que algo andaba mal —dijo al fin, en un tono casi neutral—, pero no es asunto mío. Zoila suspiró y bajó la mirada. En cierto modo, agradecía que Fausto no se volviera emotivo o intentara consolarla. No necesitaba eso; lo último que quería era que alguien sintiera lástima por ella. Solo quería estar en paz con todo lo que había hecho y todo lo que había dejado sin hacer.

—Al menos hice esto, ¿no? —dijo, señalando el mural—. Puedo irme tranquila sabiendo que dejé algo de mí en este lugar.

Fausto asintió, pero no dijo nada más. Ambos se quedaron en silencio un rato, como si el tiempo se hubiera detenido en ese momento. Para Zoila, no había mucho más que agregar. Ella había vivido a su manera, había pintado su mundo en las paredes, y ahora, aunque no lo había planeado, su historia estaba llegando a su fin.

Cuando el sol comenzó a bajar, Zoila se puso de pie con dificultad y miró a Fausto por última vez. Sabía que no lo volvería a ver, pero no sentía tristeza. Sólo una extraña calma que no había experimentado antes.

—Gracias por todo, Fausto, por escucharme... incluso cuando no decíamos nada.

Él no respondió, solo la miró un instante, y luego desvió la vista hacia el mural. Zoila dio media vuelta y empezó a caminar, dejando el callejón y su obra detrás. Era su despedida silenciosa, la última señal de que había estado ahí, de que había vivido, amado y, sobre todo, dejado su marca, aunque fuera en las sombras.

Capítulo 12

Un nuevo comienzo

Fausto se había levantado exactamente a la misma hora como lo hacía todos los días. Le gustaba cómo la luz del sol aparecía por debajo de la ventana. Sentía que ese calor hacía días que no lo tenía. Sus días eran siempre tranquilos, sin grandes sobresaltos ni expectativas. Había, hace mucho tiempo, reconciliado consigo mismo y con la vida monótona. Pero esa mañana era diferente porque había alguien que iba a venir a su casa después de tanto tiempo: Elena, su vecina y buena amiga, fue invitada a desayunar.

Sin embargo, al llegar Elena, ya el ambiente de la pequeña cocina de la casa de Fausto se volcó en el lugar. La señora buena que siempre tenía algo que decir para animar, no dejaba de recuperar cada rincón. Hablaron un poco y sobre un poco de nada, a veces sobre el rumor del vecino, pero cuando la conversación se tornó un poco más profunda, Elena bajó su tono y lo estudió con partes iguales de compasión y determinación.

—Fausto, estoy muy consciente de cuál ha de ser el dolor que uno siente por perder a una hija; y quisiera que esto no le hubiera pasado a usted. Ningún padre puede jamás llenar el vacío dejado por una hija, pero creo que el momento tal vez no esté lejos en el que

podrá avanzar, inconsolable en el momento en que ella se encontró, pero así no es como ella hubiera querido estar siempre.

Fausto guardó silencio como si le hubieran hablado de repente y fuera de contexto. ¿Zoila? ¿Su bebé, su hija? De ninguna manera. Recordaba claramente a Zoila, la traviesa del barrio que solía dibujar en las paredes, y a la niña que estaba con él, por alguna compañía inesperada durante esas tardes.

Elena continuó con su explicación, pero a medida que las palabras salían de su boca, él se concentró en lo que decía y su voz molesta se convirtió en un suave zumbido. Los recuerdos de Zoila estaban ahí en su imaginación una vez más, pero esta vez los sentimientos que los acompañaban eran diferentes. Como si las piezas del rompecabezas que había recogido tan cuidadosamente con el tiempo eran... borrosas. Imágenes vagas de una Zoila más joven comenzaron a formarse en su mente. No la que hacía arte mural, sino una que tenía la misma sonrisa astuta, sólo una niña de cabello despeinado. De repente, todo comenzó a volverse muy claro y distinto, pero también extremadamente doloroso.



Zoila no era una extraña, no era una joven del vecindario. Ella era su hija, su pequeña, aquella que había perdido. Todo lo que creía haber vivido junto a ella era una ilusión, un intento de su mente para llenarse del vacío que había dejado. Los recuerdos eran fragmentos distorsionados, imágenes incompletas de algo que nunca sucedió.

Con el corazón encogido, se dio cuenta de que esos momentos que tanto había valorado con Zoila en realidad eran su forma de no afrontar la verdad. La veía en los grafitis de las paredes, en cada rincón del vecindario, porque no podía aceptar que ella ya no estaba. Se había aferrado a una imagen ficticia de ella para no enfrentarse a la soledad y al dolor.

Elena le puso una mano en el hombro, rompiendo su trance.

—Sé que es difícil, Fausto —dijo ella con amabilidad—, pero debes dejar que su recuerdo esté en paz. Vivir con el dolor no es vivir realmente, y tú sabes que ella querría verte bien.

Las palabras de Elena resonaron en su mente como un eco que lentamente se iba calmando. Lentamente,

dejó el tenedor sobre el plato y respiró hondo. Los recuerdos de su verdadera Zoila ahora estaban frescos en su mente, sin el velo de fantasía que él mismo había tejido. En ese momento, algo en su interior pareció liberarse. Sentía un peso en el pecho, pero esta vez, estaba dispuesto a aceptarlo.

Miró hacia la ventana y notó cómo el sol ya había salido completamente, iluminando su hogar con un nuevo brillo. Sentía que, en cierto modo, era como un nuevo amanecer para él también. Aquel día, después de tanto tiempo, se permitió soltar el pasado y enfrentar la realidad.

Al despedirse de Elena, Fausto caminó hacia el callejón donde tantas veces había visto a Zoila. No había grafitis ni colores vibrantes en las paredes, solo viejas marcas de pintura gastada. Aun así, ese lugar ahora tenía otro significado. Había sido su refugio, su escape. Y aunque el dolor seguía allí, por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía avanzar, dejarla descansar en paz y encontrar su propio camino, sin distorsionar más sus recuerdos.

Con un último suspiro, dejó el callejón atrás.

DE LAS COLABORACIONES

Existirá convocatoria abierta y permanente para la recepción de colaboraciones, mismas que deberán cumplir con las siguientes características:

- Textos literarios de todos los géneros, con una extensión máxima de 10 cuartillas. Si alguien quisiera publicar una novela o una obra dramática extensa, ésta será fragmentada por entregas.

- Textos expositivos (académicos y/o científicos), con una extensión máxima de 10 cuartillas. Las referencias bibliográficas en estilo APA.

- Ejemplo de libro impreso: Warren, R. (2002). Una vida con propósito. Estados Unidos de América: Vida.

- Ejemplo de revista o periódico impreso: Roldán Llamas, G. (número 325, 1995). “Baches, problema eterno”, en Noticias Regionales. Autlán, Jalisco, México: Autor.

- Publicaciones en internet: ÁVILA, L. (consultado el 16 de junio de 2021). Cómo se compone en cine. Internet: <https://revista24cuadros.com/2017/11/16/principios-de-la-composicion-visual-aplicados-al-cine/>

- Fotografías, dibujos, pinturas.

- Trabajos de investigación referidos a la educación o de otra índole que se hayan generado en algún ámbito escolar y se refieran a fenómenos del mismo.

- Si alguna de las cosas que desean aportar no están en esta lista, háganlas llegar de todos modos para ver qué lugar se les encuentra en la publicación. Será decisión del Consejo Editorial publicarla o no.

Los requisitos de forma son:

- Textos: En formato WORD, letra arial 12, interlineado 1.5, sin sangrías, con alineación justificada. Extensión mínima de 1.5 cuartillas y máxima de 10. Sin ilustraciones.

- Las fotos o figuras escaneadas se requieren en archivos separados (fuera del texto que pretenden ilustrar), sin fechas, nombres o cualquier cosa que pueda resultar ofensiva. Deben estar en archivo jpg, a 300 dpi.

- Esperamos sus aportaciones a partir de la fecha de publicación de cada número, y hasta cumplir un máximo de 30 días de ésta, dados los tiempos que se requieren para la revisión y corrección de estilo de los textos y la preparación del original antes de ser enviado a la imprenta (o al web máster).

- Sin otro particular, esperamos sus valiosas colaboraciones.

